

CARLOS FLORES JUBERÍAS

LA PANDEMIA

Cinco lecciones, cinco años después



Por más que en el minuto 66 del partido Cheryshev lograra anotar con su pierna izquierda «el gol del honor», el 4 a 1 que el Valencia CF se trajo del Giuseppe Meazza de Milán en el partido de ida de los octavos de final de la Liga de Campeones dejaba la eliminatoria virtualmente decidida a favor del «siempre ofensivo» Atalanta. Y así fue: solo que para cuando el 10 de marzo de 2020 el equipo italiano le endosó otros cuatro goles a los che en el partido de vuelta, nada de lo sucedido en el terreno de juego, ni menos aun en las gradas vacías de Mestalla, tenía ya la más mínima trascendencia.

Porque, desafortunadamente, esos cuatro tantos no fue lo único que los seguidores del Valencia se trajeron a casa de su visita a Milán. El coronavirus había llegado a Italia pocos días antes, y aquel fatídico 19 de febrero cruzó el Mediterráneo rumbo a España adherido a los pulmones de la ronca afición blanquinegra para, desde allí, desperdigarse en cuestión de días hasta el último rincón de la península. Mientras que, no demasiado lejos, la recién elegida presidenta de la Comisión Europea Úrsula von der Leyen se negaba en redondo a acordar el cierre temporal de las fronteras internas de la Unión, limitándose a sugerir al Gobierno italiano que recomendara a sus ciudadanos no viajar a otros países.

Lo que siguió a continuación es de todos conocido y –lo que es peor– fue por todos vivido. Tras no pocos titubeos, el 14 de marzo el Ejecutivo de Pedro Sánchez declaró el estado de alarma en todo el territorio nacional por un periodo inicial de quince días, que un Congreso literalmente amordazado le autorizaría a prorrogar en tres ocasiones más, hasta el 9 de mayo. Durante todo ese tiempo, los ciudadanos verían reducido a unos pocos supuestos –comprar alimentos, acudir a centros médicos...– su derecho a moverse en libertad, al tiempo que todos los medios sin excepción les sometían mañana, tarde y noche a un continuo bombardeo de consignas y a una guerra de cifras oficiales. Mientras que, naturalmente, los muertos pasaban de sumarse por centenas a hacerlo por millares, mientras que los contagiados dejaban de contarse por decenas de millares para hacerlo por millones.

Cinco años más tarde, el recuerdo de aquellas jornadas trágicas e inciertas, en las que los más afortunados perdimos la libertad y los que menos suerte tuvieron perdieron la vida, empieza a volverse distante y borroso. Una suerte de pesadilla lejana ya que confiamos no volver a padecer jamás. Solo que las posibilidades de que eso sea así dependen directísimamente de la solidez de las lecciones que hayamos aprendido de la pandemia del COVID-19 y de nuestra determinación por sacar de ellas las consecuencias precisas. Y a la vista de lo sucedido en este lapso de tiempo el panorama es, en buena medida, preocupante.

En primer lugar, la pandemia nos reveló que España estaba lejos de tener –como machaconamente se nos había estado repitiendo desde todas las instancias del poder– «la mejor sanidad del mundo». Trece millones de contagiados y 117 000 fallecidos para un país de menos de cincuenta millones de habitantes nos situaron en este plano a la altura de lugares como Paraguay, Ucrania, México o Túnez: muy lejos de ese «Estado de Bienestar» en el que habíamos soñado habitar. Mientras que cifras tan absolutamente dispares de fallecidos como las de Aragón o las dos Castillas (en torno a los cuatro mil por millón de habitantes), por un lado, y las de Canarias, Baleares o Galicia (sobre los mil por millón), por el otro, contribuyeron a poner también entre paréntesis la idea de que nuestra sanidad fuera verdaderamente «universal».

En segundo lugar, la pandemia nos colocó ante el espejo de nuestra verdadera personalidad como nación. Acostumbrados a leer en los viejos –tal vez ya no en los nuevos– libros de Historia que los españoles habíamos sido siempre un pueblo indómito, pronto a resistir al invasor y a rebelarse contra el tirano, el confinamiento decretado por el Gobierno, con todo su aderezo de caprichosas regulaciones e inexplicables limitaciones, nos reveló como mucho más sumisos e inofensivos de lo que jamás habríamos creído posible. La nación de Viriato, de Don Pelayo y el Empecinado descubrió con sorpresa que se había convertido en el pueblo de la charo que vociferaba desde la terraza si alguien paseaba a su perro más veces de las permitidas, o del cuñado que telefoneaba a la Guardia Civil porque había visto a tres jóvenes subir juntos en el ascensor.

En tercer lugar, la pandemia evidenció que ni nuestras instituciones ni nuestras leyes estaban preparadas para superar una «prueba de estrés» de esa magnitud. Cámaras legislativas paralizadas durante

semanas solo para volver a reunirse con una fracción de sus miembros presentes, gobiernos autonómicos embarcados en un interminable conflicto competencial con el gobierno central, instituciones creadas para asegurar los derechos de los ciudadanos guardando un silencio sepulcral, o tribunales declarando la inconstitucionalidad de normas de la máxima relevancia fueron algunas de las escenas más dantescas de aquel momento en el que nuestra democracia descubrió que ya había dejado de ser joven, pero que seguía siendo inmadura.

En cuarto lugar, la pandemia constató que la española no era una sociedad tan pluralista como pudiéramos haber pensado. Ese 20 de mayo de 2020 en el que todos los diarios del país publicaron en sus portadas –al más puro estilo estalinista– ese «#SalimosMásFuertes» patrocinado el por el Ministerio de Sanidad de Salvador Illa, fue el colofón de un sistemático silenciamiento, cuando no de un despiadado ataque, de toda opinión disidente respecto del origen y los efectos del coronavirus, o de la efectividad y las consecuencias de los remedios contra el mismo, que acabó acercando peligrosamente a España a una dictadura del pensamiento único.

Y, por último, la pandemia reveló la limitada fe de los españoles en el estado de las autonomías, responsable último de que los ancianos de Madrid pasaran por un protocolo distinto al de los de Toledo; que los gallegos estuvieran a punto de ser forzosamente vacunados mientras los asturianos nunca se lo plantearon; o que en determinados momentos de la pandemia un vecino de Utiel pudiera viajar hasta Valencia, pero no hasta Albacete. Y, en última instancia, del guirigay administrativo, normativo y político que tanto nos distrajo de lo verdaderamente importante, que era salvar vidas.

Cinco lecciones importantes que, convenientemente anotadas por un pueblo deseoso de no caer de nuevo en los errores del pasado, habrían debido traducirse en una transformación sustancial de nuestro sistema político y normativo, pero que, sin embargo, entre nosotros no han tenido esa consecuencia. Por lo que hace a nuestro ordenamiento jurídico, ni nuestras leyes para hacer frente a emergencias de este tipo han cambiado para superar las carencias que en su día se detectaron, ni los reglamentos de nuestras cámaras han sido revisados para permitirles funcionar bajo situaciones semejantes, y si la jurisprudencia de nuestro Constitucional lo ha hecho, ha sido para enmendarse a sí misma en una de las pocas ocasiones en las que estuvo a la altura. Y en cuanto a nuestra sociedad, sitiada por un Gobierno ávido de censurar las redes sociales, dispuesto a procesar al ciudadano disidente, impaciente por ilegalizar a las fuerzas de oposición, ¿verdaderamente apostaría alguien porque los tristes delatores de ayer se tornaran mañana en arrojados resistentes, las charos de Chamberí en Manuelas Malasaña, o los progres de Lavapiés en Tigres del Maestrazgo?



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura